

Performance y filosofía del lenguaje: desde Schelling hasta Tolkien

Ignacio Sigal (UBA – IUNA)

Las nuevas concepciones epistemológicas que surgen a lo largo de los siglos XVII y XVIII producen una nueva versión de la eterna dicotomía de lo clásico y lo modernoⁱ. Así como sucediera con el humanismo del Renacimiento, el sujeto racional de la modernidad ilustrada vuelve a ser el centro productivo de la revolución social y artísticaⁱⁱ. Este espíritu de época, impregna las distintas áreas del pensamiento haciendo aparecer nuevas concepciones políticas y económicas junto con una serie de corrientes estéticas, lingüísticas y artísticas.

Las deudas que el romanticismo tiene con la filosofía idealista surgida de la Ilustración, difícilmente puedan ser sobrevaloradas. La importancia que desde el pensamiento de Kant en adelante, asume la sensibilidad y el entendimiento del sujeto para dar forma a los fenómenos de la realidad, resultan determinantes para la concepción romántica del genio creador. A través de ella, se hacen a un lado las normas establecidas del buen gusto y las academias para dar paso al individuo y a su potencia expresiva.

Sin embargo, a fin de comprender las particularidades de la filosofía del lenguaje que caracteriza al romanticismo resulta necesario dar cuenta de una serie de aportes producidos por Schelling sobre el idealismo kantiano. A través de estas modificaciones, el pensamiento y la realidad material dejan de formar parte de instancias separadas para convertirse en elementos interdependientes. Asimismo, el lenguaje, como una actividad que participa tanto de la realidad subjetiva como de la objetiva, puede ser pensado como un punto de intersección entre estas dos dimensiones.

Dejando de lado la perspectiva abstracta y absoluta que caracteriza a la concepción del sujeto kantiano, Schelling se interesa por su posicionamiento en el mundo y por los intercambios que allí realiza. Su existencia deja de ser eterna, indivisible e incondicionada pasando a convertirse en una actividad en constante cambio: “puro acto, puro hacer”.

Humboldt

Si bien es cierto que Humboldt describe a la lengua como un proceso en cambio constante y ligado, en cada época, a las necesidades espirituales del hombre, la lectura que la posmodernidad hace de su obra tiende a reducir las particularidades de su alineación filosófica en función de sus propias necesidades coyunturales. La búsqueda desesperada de un presupuesto conceptual que permita pensar al lenguaje como una actividad indeterminada, amorfa y maleable a las necesidades del individuo, justifican la popularidad desmedida que adquiere su frase celebre:

"El lenguaje es algo en cada instante permanentemente transitorio. No es un producto (*ergon*) sino una potencia (*energeia*)."

De esta manera, la compleja reflexión que introduce el autor sobre la relación dialéctica entre objetividad y subjetividad, entre el todo y las partes, entre lo universal y lo particular, quedan reducidas a un mero slogan publicitario. Frente al peligro que representa la posibilidad de que incluso la idea saussuriana de sistema lingüístico hubiera encontrado cimientos en el pensamiento de Humboldt (Esterhammer, 2000:106) se censuran los bases filosóficas y el espíritu de época de los cuales surge. Es decir aquellos preceptos que, además de ser el fundamento de su propuesta del carácter transitorio del lenguaje, le exigen pensar a la lengua como una totalidad circunscrible y dotada de una existencia autónoma.

En términos filosóficos, esta pendulación entre un estado transitorio y una forma total remite directamente a la corriente del idealismo de Schelling. Para ella, la comprensión de toda perspectiva subjetiva (en este caso, un uso personal del lenguaje) requiere necesariamente de una puesta en tensión con una instancia objetiva (aquí, la lengua en su totalidad)ⁱⁱⁱ. Asimismo, el carácter parcial y transitorio de cada uso histórico de la lengua no tiene un sentido en si mismo sino que lo adquiere a través del enfrentamiento con una instancia contingente, que lo excede y que le ofrece resistencia^{iv}.

Humboldt afirma la potestad espiritual del hombre sobre la lengua pero que, a la vez, la concibe como dotada de una unidad interna e irreductible a cualquier uso concreto de ella. Entre estas dos instancias opuestas, no establece ninguna clase de jerarquía, interiorización o superación^v sino tan solo una relación de interdeterminación mutua^{vi}. 'Individuo' y 'Lengua' son tan solo eslabones de un proceso histórico que *evoluciona* en forma recursiva^{vii}.

En consonancia con las búsquedas artísticas del romanticismo alemán, Humboldt propone una modificación en la concepción instrumental de la lengua, corriendo al sujeto de la posición central en que lo había ubicado la Ilustración^{viii}. A través de este nuevo posicionamiento, la investigación académica puede enfrentarse a la lengua sin la imposición coercitiva de sus metodologías de análisis. En reemplazo de esta estrategia tradicional, Humboldt propone una forma de contacto inmediata y vivencial posibilitada por una serie de estructuras compartidas entre el analista (como ser humano) y su objeto (las lenguas como objetos de la naturaleza)^{ix}.

De esta manera, el foco del análisis se encuentra puesto en comprender el funcionamiento orgánico de cada lengua en particular sin la pretensión de arribar a una conclusión general. Lejos de constituir una mera curiosidad léxica, el hecho de que las lenguas sean concebidas como organismos lleva a que sean pensadas, junto con el resto de los fenómenos de la realidad^x, como una forma de existencia autónoma^{xi}.

Ahora bien, la autonomía particular con la que Humboldt inviste a la lengua la ubica en un lugar especial dentro del universo de lo óntico. Esto se debe a que, por un lado, no forma parte completamente de la realidad objetiva porque surge como una emanación del sujeto. Y, por otro, a que es producto del sujeto pero su existencia no puede reducirse a la de él. El movimiento que describe esta estrategia argumentativa hace que la lengua quede ubicada siempre en una especie de fuera de lugar. Esto se debe a que su forma de existencia procede siempre de su carácter productivo, de su capacidad de generar una modulación entre lo subjetivo y lo objetivo^{xii}.

Cuando la lengua trabaja como un signo transparente de la realidad, adhiere a la concepción propia de las ciencias positivistas (y al apriorismo kantiano)^{xiii}. El

universo exterior es igual para todos y todos pensamos a partir de los mismos parámetros. En este contexto, la lengua funciona únicamente como un medio de comprensión de lo que ya existe. En cambio, cuando la lengua trabaja produciendo copias, la realidad se desdobra a su paso. “La lengua como materia autónoma” no se propone facilitar la comprensión sino que mas bien se embarca en la tarea opuesta. Existe solo en la medida en que reformula palabras, complejiza estructuras gramaticales, multiplica las formas de percibir la realidad^{xiv}.

De existir un espacio homogéneo para la lengua resultaría en vano buscarlo en la realidad cotidiana en la que vivimos. Mas bien habría que rastrearlo a través de la sucesión histórica de esas copias desdobladas. En ese punto -propio del idealismo objetivo- en el que el conjunto de las multiplicidades adquieren un *sentido* único^{xv}. En el devenir propio de las individuaciones de la lengua.

Coleridge

En Inglaterra, los siglos XVIII y XIX, fueron una época de gran movimiento intelectual. Un momento de transición entre formas de pensamiento que pugnaban por imponerse. En el ámbito de la filosofía, el empirismo que Hume hereda de Locke convive con el utilitarismo de Bentham y Mill y con las influencias idealistas que comienzan a llegar con ciertas dificultades^{xvi} desde Alemania, principalmente, a través de las voces de Kant y de Hegel.

Todas estas posturas filosóficas se debaten en torno a la individualidad humana y al mundo que lo circunda. Esta perspectiva es la que atrae la atención de poetas como Wordsworth y Coleridge, figuras centrales del romanticismo inglés. En ellos, se observa un alejamiento del estilo ampuloso y formulaico que funcionaba como canon poético de esa época^{xvii}, reemplazándolo por una búsqueda dirigida, exclusivamente, por las necesidades expresivas del autor.

Esta búsqueda surge, en ambos autores, de fuentes diferentes. Mientras el primero se halla principalmente movido por el idealismo kantiano^{xviii}, el segundo encuentra sus fuentes en el fervor y cambios sociales producidos por la revolución francesa^{xix}. Sin embargo, pese a tener una procedencia relativamente diferente^{xx}, es posible hallar en

las ideas de ambos autores, intereses y recurrencias compartidas.

Dentro del romanticismo ambos autores abogan por una relación más orgánica entre el lenguaje y el sujeto, una adecuación entre el uso de las palabras y las necesidades expresivas. Mientras Wordsworth se focaliza en dicha adecuación por ser la forma más transparente en que el sujeto puede entrar en contacto con la naturaleza^{xxi}, en el caso de Coleridge se observa un interés por la adecuación del sujeto a las palabras en función de una intensificación de su individualidad. Para Coleridge, la poesía o el pensamiento no tienen como objetivo dar cuenta de la realidad que rodea al sujeto sino potenciar las posibilidades de su imaginación y fantasía.

Es en este punto donde puede ratificarse la productividad que las corrientes de pensamiento con las que Coleridge entrara en contacto en su viaje a Alemania tuvieron sobre su concepción estética y epistemológica^{xxii}. Durante su estadía y estudios en la Universidad de Göttingen, Coleridge profundiza su relación con el pensamiento de Kant y entra en contacto con la filosofía de Schelling quien, en adelante, será decisivo para la configuración de sus concepciones estéticas, filosóficas y epistemológicas.

Basándose en las potencias de lo absoluto propuestas por Schelling^{xxiii}, Coleridge piensa a la creación lingüística en función de lo que denomina como “imaginación” y “fantasía”:

“La *primaria*, que es un poder vivo y agente originario de toda percepción; la imaginación *secundaria* —eco de la primaria, que coexiste con la voluntad conciente, pero que todavía es idéntica con la primera en la naturaleza de su agencia, diferenciándose únicamente en *grado* y en el *modo* de su actividad; y, finalmente, la *fantasía*, que es un modo de memoria emancipada del orden temporal y espacial, y que realiza sus combinaciones y modificaciones bajo las influencias del fenómeno empírico de la voluntad y que es lo que queremos indicar con la palabra *elección*” (Coleridge, 2010:??)

En esta definición de las tres instancias, es posible percibir no solo la influencia de Schelling y de Kant sino también el carácter performativo (“poder vivo”, “agente originario” y “actividad”) con el que concibe a la relación entre la mente del sujeto y la realidad a la que se enfrenta. Esta relación resulta de vital importancia y su carencia

será el motivo principal por el cual menosprecie a la actividad de la fantasía.

El prestigio y popularidad que adquirió la obra de Coleridge durante la primera mitad del siglo XVIII, estimuló el interés del ámbito académico inglés por los preceptos de la filosofía idealista el cual se extendería hasta principios del siglo XX^{xxiv}. Debido a los intereses que demostrara durante su viaje a Alemania y la compleja recepción que había tenido la cultura germánica en Inglaterra, Coleridge es considerado como una herramienta esencial en el contacto entre estas dos culturas^{xxv}.

Dicho interés de las concepciones importadas por Coleridge, fue particularmente fuerte en la universidad de Oxford -lugar de formación del poeta (pese a que no concluyó sus estudios)- y muy escaso en otras instituciones como Cambridge. Esta diferencia, lejos de constituir una anomalía, se exhibe como una de las tantas manifestaciones del perfil educativo de Oxford así como de la tradicional oposición entre las orientaciones de dicha institución y Cambridge.

En su análisis acerca de los orígenes del idealismo británico, Ved Mehta describe a las universidades de Cambridge y Oxford como representantes de dos vías diferentes en "la búsqueda por la verdad y el conocimiento". Mientras la primera continúa por el camino del "racionalismo de las ciencias naturales", la otra hace lo propio incursionando en el "misterioso mundo de la filosofía". (Mehta, 1972:177)

Esta naturaleza misteriosa a la que hace referencia Mehta, tiene directa relación con el espíritu que, por contraste con el ascetismo de las ciencias duras, rodea al idealismo y que será determinante en la constitución del romanticismo^{xxvi}. Frente a la certidumbre y universalidad que ostentaba la racionalidad ilustrada, el foco en las sensaciones del individuo abre las puertas a los espacios más recónditos de su subjetividad así como a la existencia de fuerzas naturales aprehensibles solamente por medio de las emociones.

La influencia del idealismo en Oxford introducida por Coleridge, encontró continuidad en un grupo de intelectuales que mantuvieron viva su productividad a lo largo de todo el siglo XIX. Sin embargo, a diferencia de la funcionalidad estética que el idealismo había tenido en la obra Coleridge, el trabajo de Thomas Green, Francis Bradley, Bernard Bosanquet se redujo a lo estrictamente filosófico o a la filosofía de la historia.

Habría que esperar hasta la llegada de una camada posterior compuesta por Walter Pater, Robin Collingwood, Owen Barfield y, en forma marginal o subrepticia, J.R.R. Tolkien para que dichas nociones encuentren productividad en el ámbito de la estética.

Owen Barfield y John Ronald Reuel Tolkien

Según Owen Barfield, la relación de transparencia, o mejor: de unión primordial, que existía entre una palabra y un elemento de la realidad fenoménica, pierde su fuerza debido a la distancia impuesta, desde la aparición del cartesianismo, entre mente / conciencia (ego) y realidad. De esta manera, el hombre se vuelve capaz de reflexionar acerca de sus formas de utilizar el lenguaje que, si bien traera consigo grandes beneficios, disminuye la fuerza del contacto entre el ser humano y la naturaleza que lo rodea.

Este anhelo por una forma perdida de participación con la realidad, sin embargo, no encamina a Barfield ni a Tolkien a un intento de vuelta al pasado. Remedando la quimérica empresa del Menard de Borges, intentan restituir una relación determinada por características propias de otra época pero desde una perspectiva ineludiblemente moderna. Es en este punto donde toma importancia la dimensión poética del lenguaje.

Según Barfield y Tolkien, en la modernidad, el lenguaje realiza un trabajo meramente funcional. Es decir que su objetivo consiste en comunicar un determinado mensaje de la forma más efectiva posible. Para esta concepción, el lenguaje es tan solo el vehículo a través del cual las ideas deben circular de la forma más neutral posible. A través de este tipo de usos, se reduce la función expresiva con la que el lenguaje provee al sujeto de una capacidad de control tanto en la formalización de su pensamiento como de la realidad misma.

Esta funcionalidad coincide plenamente con las necesidades de un paradigma científico que prefiere dominar a la realidad antes que reconocer / instaurar el sentido de las cosas. Se aumenta el poderío de la humanidad en general disminuyendo las capacidades del hombre en particular.

El interés de Barfield y de Tolkien por las relaciones de sentido los llevan a plantear

la cuestión en una instancia particularizada. Para ellos, el uso poético del lenguaje determina relaciones de significación que no tienen un valor absoluto sino que dependen de un contacto particular entre un sujeto y una realidad externa a él. Una relación de participación entre dos instancias según la cual se vuelve imposible postular una relación general entre un significado y un significante debido a que esta relación es diferente para cada sujeto:

"No había aquí consideraciones de base acerca de lo práctico o lo más fácil para la mente moderna, tan solo una cuestión de gusto, la satisfacción de un placer personal, ese sentido particular de lo que es adecuado." (Tolkien, 1998a:238)

Esta sensación privada de adecuación da cuenta del núcleo funcional a través del cual Tolkien concibe a la expresión artística o a lo estético en su máximo nivel de generalidad posible. A través de esta idea, se reemplaza la concepción moderna de una obra de arte como dotada de un sentido autónomo. La obra de arte deja de ubicarse en una relación de opacidad frente al universo referencial sobre el cual se erige y pasa a convertirse en una forma de contacto, en un *medium*. Deja de ser un producto para convertirse en una articulación.

El interés de Tolkien por el lenguaje se encuentra en la misma línea vitalista de Coleridge y Humboldt. Para estos autores, el lenguaje no debe ser abordado desde la materialidad estática del signo lingüístico sino en relación con la función expresiva que representa para el sujeto en su percepción /expresión de la realidad fenoménica.

Desaparece la división utilitaria entre mente y mundo que servía para dominar, ya sea conceptual o físicamente, a la realidad y se la reemplaza por un principio vital que las unifica. Desde esta perspectiva, el arte ya no puede ser concebido como una instancia diferenciable sino pasa a ser una parte funcional a un proceso mayor e indivisible. Su función solo puede ser la de la gestión.

En su ensayo sobre los cuentos de hadas -lo más cercano a una declaración de principios estéticos- Tolkien expone lo que podría considerarse como la proposición más sucinta sobre su concepción sobre el arte: "el eslabón operante entre la imaginación y el resultado final, la Sub-Creación." (Tolkien, 1998b:??)

En esta articulación es donde radica el sentido para Tolkien. En los complejos

intercambios entre los gustos estéticos personales, las herramientas expresivas y la realidad exterior al sujeto. Sin embargo, según esta concepción, no es posible establecer cortes parciales entre esos elementos sin hacer desaparecer al sentido. La selección personal de una serie de herramientas poéticas solo produce un sentido en función de la instauración de un universo exterior. De igual manera, la articulación personal entre sentido y herramienta expresiva requiere necesariamente de un contacto previo con la realidad material que funcionara como disparador.

Es por este motivo que a Tolkien no le interesa la teoría lingüística ni las relaciones de significación social (Saussure). No le interesa la forma de funcionamiento en todos o en la mayoría de los casos. Le interesa la forma específica en que una imaginación particular entra en juego con una dimensión que lo excede.

A diferencia de esto, el desarrollo de las disciplinas científicas funciona por medio de la opacidad antes que de la transparencia. Se refiere a la realidad pero siempre a través de una forma convencional intermedia que permite comprender ciertos procesos según una relación de analogía. La propuesta filosófica de Barfield, pretende restituir una forma de relación previa a la imposición de esta opacidad. Es por eso que valora los aportes de la física moderna, la cual trabaja según la idea de que la mirada del investigador modifica su objeto.

Bibliografía

- Alonso, Amado, "Prefacio", en Vossler, Karl, *Filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Losada, 1943.
- Barfield, Owen, *What Coleridge Thought*, Middletown, Wesleyan, 1971.
- Cabrera Martos, Jose, "La temporalidad lessingiana: apuntes para una crítica del tiempo en las artes" en *Revista Caleidoscopio*, Nro. 1, 2008.
- Coleridge, Samuel, *Biographia literaria*, Valencia, Pre-Textos, 2010.
- Croce, Benedetto, *Estética*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- Croce, Benedetto y Vossler, Karl, *Epistolario Croce-Vossler (1899-1949)*, Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1956.
- Esterhammer, Angela, *The romantic performative: language and action in British and*

German romanticism, Standford, Stanford University Press, 2000.

Humboldt, Wilhelm von, *Escritos sobre el lenguaje*, Barcelona, Peninsula, 1991.

Mehta, Ved, "The origins of english idealism in relation to Oxford" en Journal of the History of Philosophy, Nro.12, Abril 1972.

Pater, Walter, "Epilogo" en *El estilo*, Madrid, Langre, 2004.

Sigal, Ignacio, "Remanencias epistemológicas en el mundo digital", en Revista Figuraciones. Teoría y crítica de artes, Nro. 9, Diciembre 2011.

Tolkien, John, "Un vicio secreto", en *Los monstruos y los críticos*, Barcelona, Minotauro, 1998a.

-----, "Sobre los cuentos de hadas", en *Los monstruos y los críticos*, Barcelona, Minotauro, 1998b.

Van Woudenberg, "Coleridge's Literary Studies at Göttingen in 1799" en Coleridge Bulletin, New Series 21, Primavera 2003.

Vossler, Karl, *Filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Losada, 1943.

Wordsworth, William, *Prólogo a las Baladas Líricas*, Madrid, Hiperión, 1999.

ⁱ (...) el romanticismo, aunque tiene sus épocas, mas que la peculiaridad de un periodo o de una escuela, es en sus características esenciales un espíritu que se manifiesta en todos los tiempos, y en grados variables, mediante los creadores individuales y sus obras, y cuyo valor debe ser estimado por a crítica tomándolos de uno en uno. (Pater, 2004:159-161)

ⁱⁱ Según Simondon, a lo largo de la historia, las distintas expresiones del humanismo tuvieron como principal objetivo proteger al hombre de todo lo que fuera ajeno a él, es decir, de lo que lo alienara de su naturaleza. Si el humanismo del renacimiento libera al hombre del dogmatismo ético reemplazándolo por la forma intelectual teórica, el del siglo XVII hará lo propio trocando esta última por un pensamiento orientado hacia a la técnica. (Sigal, 2011)

ⁱⁱⁱ "Para que el hombre comprenda de verdad una sola palabra, para que la comprenda no como un mero estímulo sensible, sino como un sonido articulado que designa un concepto, para eso es menester que en el preexista el lenguaje en su totalidad y en su conexión." (Humboldt, 1991:43)

^{iv} "Las generaciones pasan, pero la lengua permanece; cada una de las generaciones encuentra ya ante sí la lengua y la encuentra como algo que es mas fuerte y poderosa que ella misma; jamás consigue una generación llegar del todo al fondo de la lengua y la deja como legado a la generación que sigue (...)" (Humboldt, 1991:62)

^v Este punto resulta esencial para comprender la posición que toma Humboldt dentro del panorama idealista del siglo XVIII. El rechazo a la idea de una superación sintética lo aleja del pensamiento hegeliano y lo acerca dinamismo propio de filosofía de Schelling.

^{vi} "El criterio para juzgar una lengua es la claridad, precisión y vivacidad de las ideas que ella despierta en la nación a que pertenece, nación por cuyo espíritu esta formada y en la que ella ha vuelto a operar a su vez de manera formativa." (Humboldt, 1991:70)

vii Esta concepción -junto a una lectura extremadamente estática de la idea de Humboldt acerca de las reglas subyacentes al uso del lenguaje- influiría fuertemente a la gramática generativa de Chomsky.

viii El pensamiento que caracteriza al romanticismo consiste, justamente, en una revalorización de la Naturaleza que se traduce en una pérdida de control por parte del ser humano. El uso exacerbado que hace de las emociones apela al carácter irracional del sujeto, restituyéndole una forma de contacto con la Naturaleza que habría perdido con los sucesos que dan comienzo a la modernidad.

ix "(...) el dialecto de la mas tosca de las naciones es una obra demasiado noble de la Naturaleza como para que la rompamos en pedazos tan casuales y la presentemos de manera fragmentaria a la consideración. Ese dialecto es un ser orgánico y hemos de tratarlo como tal." (Humboldt, 1991:41)

x "Emanación inmediata de un ser orgánico en su validez sensible y espiritual, la lengua participa de la naturaleza de todas las cosas orgánicas en que, en ella, cada uno de los elementos subsiste únicamente por medio de los otros, y todos ellos subsisten únicamente por medio de la fuerza única que penetra la totalidad." (Humboldt, 1991:35)

xi "(...) las lenguas no han surgido de manera arbitraria y, por así decirlo, por convención, sino que son sonidos articulados que han brotado de lo mas íntimo de la naturaleza humana y que se conservan y se reproducen (y podría añadirse: como entidades en cierto modo autónomas en una determinada personalidad)." (Humboldt, 1991:61)

xii "(...) ese hecho comporta que la lengua sea el gran punto donde se realiza el tránsito de la subjetividad a la objetividad, el tránsito de la siempre limitada individualidad a la existencia omnicomprendiva." (Humboldt, 1991:52)

xiii "A su vez, es preciso disociar el uso científico de la lengua de su uso convencional. Ambos pertenecen a una única clase, en cuanto que, eliminando el peculiar efecto de la lengua como materia autónoma, quieren verla únicamente como signo." (Humboldt, 1991:57)

xiv "(...) si los pueblos artífices de lenguas tuviesen como finalidad meramente la mutua comprensión, cosa que afortunadamente no es el caso, entonces un específico plural de dualidad habría sido tenido ciertamente por superfluo." (Humboldt, 1991:154)

xv Así como al cuerpo del texto le corresponde la afirmación candente y conveniente a los fines de la argumentación, a la nota al pie le es propia la fría y concienzuda aclaración: "Lo único que hay son las disposiciones, así como unas direcciones que no están recorridas de manera pura. Y ni en los seres humanos, ni en las naciones ni en las lenguas cabe imaginar una formación del carácter (...) de otro modo que viéndonos a nosotros mismos recorrer una vía cuya dirección, dada por la noción del ideal, presupone otras direcciones determinadas, las cuales son las que agotan todos los lados del ideal." (Humboldt, 1991:59)

xvi El contacto cultural entre Inglaterra y Alemania fue dificultoso durante mucho tiempo y por diversos motivos. Durante el siglo XIX, la presencia cultural germánica se encontraba limitada debido a su relación con el jacobinismo francés: "Upon his return to England in July 1799, Coleridge found that the popular, albeit misinformed, reception of German literature during the 1790s had been replaced by a condemnation of German culture and literature." (Van Woudenberg, 2003:72). Asimismo, el siglo XX introducirá un nuevo conflicto al encontrarlos enfrentados en la primera guerra mundial.

xvii En su "Prologo" a las Baladas líricas -considerado el manifiesto del romanticismo inglés-, Wordsworth da cuenta de este distanciamiento: "Quienes estén acostumbrados a la vistosidad y hueca fraseología de nuestros escritores modernos, si persisten en leer este libro hasta el final, sin duda alguna tendrán que enfrentarse muchas veces a sensaciones de extrañeza e incomodidad; miraran de un sitio a otro en busca de poesía y se sentirán inducidos a preguntar por que clase de cortesía puede permitirse que estos intentos se arroguen tal título." (Wordsworth, 1999:35)

xviii "Los escritos del ilustre sabio de Koenigsberg, el fundador de la filosofía crítica, mas que ninguna otra obra fortalecieron y disciplinaron mi entendimiento." (Coleridge, 2010: 230)

xix En su texto, "Imagination and Growth: Coleridge and Wordsworth in Germany", Philipp Hunnekuhl describe el viaje que ambos poetas realizaran juntos a Alemania en 1799 y analiza la forma diversa en que cada uno de ellos entro en contacto con la cultura de dicho país.

xx Dada la cercanía y estrecha amistad que unía a los autores, las referencias explícitas que cada uno de ellos hace de sus fuentes pueden resultar engañosas para el examen de sus ideas. Los intercambios constantes que establecieron durante la mayor parte de su vida productiva han sido tan determinantes que vuelven improbable el hecho de que sus bases conceptuales no hayan tenido una influencia sobre el otro por transitividad.

xxi

Interés que también puede observarse en Coleridge en lo que respecta a las virtudes expresivas de los sujetos ajenos a las clases altas o a la formación académica: "Sin embargo, no sería fácil descubrir un fundamento esencial para este despectivo orgullo entre los hombres de letras (...) salvo que se admita como razón suficiente que ellos eran capaces de escribir sin faltas de ortografía, redactar brillantes párrafos y dominar los artificios de la escritura, mientras que estos últimos [los iletrados], en la sencillez de su alma, hacían de las palabras el eco inmediato de sus sentimientos." (Coleridge, 2010:226-227)

xxii

Con respecto a este punto se hace necesaria una aclaración. La productividad de la filosofía alemana sobre Coleridge no solo no necesita ratificación sino que ha sido motivo de grandes cuestionamientos para el poeta. Por citar uno de los casos mas resonantes, Owen Barfield, en su libro *What Coleridge thought*, acusa enfáticamente a la *Biographia poetica* de Coleridge de incurrir en plagio a Schelling: "Verbal plagiarism, as a labour-saving breach of the law of copyright, is a matter of determinable fact, and there is not much doubt that, as the law now stands, Schelling could have sued Coleridge in respect of one or two pages in the *Biographia Literaria*" (What Coleridge thought, 1971:6). Dicho agravio, pese a que Coleridge se encargara repetidas veces de adjudicar a Schelling las nociones que utiliza en dicho libro, pareciera provenir de un cuestionamiento sobre el valor original del pensamiento filosófico de Coleridge y de su posicionamiento como divulgador filosófico.

xxiii

"Según el filósofo romántico alemán, la primera potencia hace referencia a un ego irracional dionisiaco, la segunda a una conciencia racional y la tercera a una forma altamente desarrollada de conciencia." (Cabrera Martos, 2008)

xxiv

Debido a los sucesos de la primera guerra mundial y a la participación que Alemania tendría en ella, esta influencia comienza a menguar pero no desaparece inmediatamente. Es posible reconocer una instancia intermedia en la cual las mismas nociones seguirán siendo productivas pero a través de la mediación de voces no comprometidas como las de Benedetto Croce -reconocido filosofo idealista italiano. Años mas tarde, las concepciones de Croce correrán la misma suerte que las del idealismo alemán debido a las relaciones que el filosofo estableciera con el partido político de Benito Mussolini.

xxv

Mientras Orsini lo define como "the first and most brilliant disciple of German idealism in England" (Hunnekuhl, 4), Von Woudenberg describe al proyecto de Coleridge de escritura de la "Vida de Lessing" como un intento de llevar a Inglaterra una lectura de la literatura alemana pero en función de los términos culturales propios de dicho país.

xxvi

"(...) Leslie Stephen has contrasted the 'illusion of romantic sentiment' with the 'dry light of reason', and Noel Annan has compared 'Oxford mysticism' with 'Cambridge rationalism' (...)"